

Consideraciones a propósito de la formulación de políticas para la adquisición y el enriquecimiento hemerográfico de la División de Bibliotecas de la Universidad del Valle*

Carlos Esteban Mejía Londoño
Santiago de Cali - Colombia**

1. La contextualidad histórica y cultural

En el pensamiento de numerosos hombres, especialmente durante el siglo XX, asistimos a un sinnúmero de reflexiones tendientes a determinar qué nos distingue de nuestros demás compañeros en el universo. La primera antropología quiso separar al hombre del animal por su capacidad de operar los sentidos, prolongándolos mediante el uso de instrumentos y desarrollando para ello una asombrosa habilidad técnica. Pero, en verdad, no bastaba la idea de un *homo faber*, ni siquiera la de un *homo habilis* capaz de revolucionar el entorno, puesto que ciertas especies animales también construían tales objetos y creaban sus propias tecnologías. Era necesario avanzar hacia estadios aún más específicos.

Entonces, en el conocimiento de no pocos surgió la conciencia de que el hombre era capaz de renovar continuamente esas tecnologías, especialmente en la búsqueda de la eficacia. Dicha prolongación tecnológica era tal, que permitía superar la compleja y fastidiosa separación entre materia e idea, cuerpo y mente. El hombre es capaz de prolongar «conjuntamente» su capacidad sensorial y nerviosa, y así, esos instrumentos que pueden ser estrechamente materiales, pueden también serlo de naturaleza ideativa o proyectual. Pensemos en las palabras y los números. La complejidad natural

de estos hechos nos conduce siempre a un «intercambio» de acciones, es decir, a una relación interactiva con el mundo, con la naturaleza, con el ambiente; en resumen, a unas relaciones de carácter material, asociadas a un cúmulo de instrumentos «conceptuales», aquellos de los que se origina, entre otros, el fenómeno de la «información», que para el caso, es el punto central de este encuentro.

Homo ludens, homo artifex, zoón politicón. Quizá si observáramos más a nuestro alrededor y lo hiciéramos más profundamente, nos daríamos cuenta de que tanto nosotros, como la variedad infinita de nuestras relaciones con la totalidad del universo, aquello que denominamos «cultura», permiten una variedad interconexa y múltiple -como en los «medios blandos»- de interpretaciones enriquecidas e inexcluyentes. Pero, ¿quién organiza todo eso, quién elige o escoge, quién es el encargado de tomar una opción entre varias, quién opera la ética y cualifica las decisiones, quién traspasa los límites de la descripción y la observación de los fenómenos para convertirlos en comportamiento, en método? El hombre, ningún otro entre sus compañeros de hábitat. Sólo él, cuando ejercita la mayor de sus especificidades y se construye como un «*homo criticus*». Porque el pleno ejercicio de su capacidad de conciencia crítica es aquello que verdaderamente lo aleja de las opciones mecánicas, aquello que incluso le permite dinamizar el instinto, permanecer en camino hacia la conquista de una libertad que imaginamos paulatina y perfectible.

Marshall McLuhan, en su análisis de la cultura bajo la óptica de las tecnologías de la comunicación, situaba como acto inaugural de la «Modernidad», no los que él llama «eventos de superficie, a saber: la caída de Constantinopla, el Descubrimiento de América, la muerte de Lorenzo el Magnífico -como anota el historiador de arte Renato Barilli, sino precisamente la

* Ponencia presentada en el Encuentro Nacional de Bibliotecas “¿Para qué las bibliotecas en tiempos del clic? Una mirada acerca del futuro de las bibliotecas”. 28 de mayo de 2004. Universidad de Antioquia. Medellín-Colombia

** Director Biblioteca “Mario Carvajal”. División de Bibliotecas, Universidad del Valle.

aparición de un nuevo «*medium*», la imprenta, capaz de componer con caracteres móviles. Y de allí, de esa «galaxia gutenberiana», McLuhan extrae una infinidad de consecuencias del más variado tipo.

Con el libro impreso nos habituamos a privilegiar la página, la superficie plana, a vincular la vista de manera particular, a utilizar el formato geométrico, sobre todo el rectángulo, a leer definitivamente de izquierda a derecha, de arriba a abajo, pero también, a través de la psiquis y la repetición, a despertar en los filósofos y matemáticos una ideología que llevaría a la geometría analítica de Descartes, privilegiando los ejes perpendiculares y creando un sistema capaz de medir cualquier punto del espacio. Un espacio sin zonas marginales, un lugar homogéneo. Pero de otro lado, el libro, significativamente cómodo frente a los demás sistemas conocidos (manuscritos, pergaminos, tabletas en arcilla, rollos de papiros, etc.), barato como ninguno y susceptible de vasta difusión, condicionaba también la lectura como un hecho individual y privado, silencioso y además de tipo óptico-mental, una comunicación de superficie que desarrolla la vista por encima de otros factores sensoriales, como los acústicos, los gestuales, los táctiles. Un medio «caliente», en una palabra, tendiente a desarrollar un solo canal y a favorecer una cierta pasividad. Pero maravillosa y relativa, como supongo que pensamos todos.

En ese proceso de «complejificación», como diría Teilhard de Chardin, el *terminus ad quem* de todo este asunto no es tampoco esta vez un hecho de la envergadura de la Revolución Francesa, sino el empleo paso a paso de la energía eléctrica, de un lado en su vertiente «electromecánica» y de otro, en aquella que más nos interesa dentro del contexto de la información, que sería la «electrónica». Estrictamente hablando, no llevamos más de 130 años de aplicaciones significativas, si tenemos en cuenta lo que supuso la puesta en funcionamiento del primer cable telefónico interoceánico. Una verdadera «galaxia electrónica», aquella a la que nos enfrentamos hoy: el incomparable universo de la información que tendrá que romper todas las fronteras y multiplicar las posibilidades de la comunicación, pero no para imponer una teoría de la aculturación, sino para que de manera definitiva miremos hacia afuera, y viendo a los demás, nos veamos mejor a nosotros mismos.

¿Es realmente tan importante esta revolución electrónica? Parece que sí. Indudablemente lo ha sido en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, y según todos los expertos, de hecho guarda en sí misma una buena parte de las «claves» para el desarrollo de este mundo del futuro del que ya estamos participando. Analógicamente, como ocurrió con la mecánica de la imprenta, los nuevos medios han ido influyendo seriamente en las características generales de la

percepción y de la estética, en la sensorialidad y el comportamiento. No podemos olvidar que la electricidad es instantánea, que corre por todos los puntos, que es globalizante. ¿Por qué habríamos de dejar sólo a los técnicos, aun a los artistas y a los intelectuales, la inteligencia y las posibilidades inagotables de esta modificación estético-perceptiva, como lo estamos haciendo, o lo que es peor, dejarla en manos de ideologías de la más sofisticada destrucción? Ahora bien, lo que parecería inaceptable es ignorar estas posibilidades y persistir en un aislamiento generalizado, en ese menosprecio por otras miradas que a veces nos caracteriza, y que es un obstáculo de grandes proporciones para cualquier forma de progreso.

2. ¿Hemerografía electrónica y/o revistas en papel?

La importancia de la Hemeroteca en el contexto general de las bibliotecas es indiscutible. Quizá más, si pensamos en las Bibliotecas de carácter universitario. Sin embargo, sería conveniente recordar que la Hemeroteca es, por lo general, sólo una parte de un organismo plural bastante más amplio. Ese organismo es la biblioteca. Por ello, la inversión en la Hemeroteca deberá ser importante, pero al mismo tiempo, cuidadosa y proporcional con respecto a la variedad de colecciones que constituyen una bibliografía completa.

Ahora bien, quienes argumentan que la importancia de la Hemeroteca tiene características particulares en el contexto de las bibliotecas universitarias, en razón de los valores especiales —actualidad, velocidad, intercambio de conocimientos, reportes de investigación, etc.— que representan los artículos científicos, tecnológicos y humanísticos para las comunidades académica y científica en el seno de la universidad, tienen, por supuesto, mucha razón.

Sin embargo, cuando se dan casos como el nuestro, en el que el espectro epistemológico de la universidad es muy amplio, y en cierta medida, casi universal, podría ocurrir que para el sistema de bibliotecas resultara imposible atender de manera oportuna y global todas y cada una de las peticiones o necesidades, que tanto

las unidades, como los planes, postgrados y grupos de investigación, requieren para un desempeño de alta calidad en cada una de sus áreas.

Ello, a decir verdad, es una coyuntura que han comenzado a vivir los sistemas de bibliotecas en diversas partes del mundo, al menos desde mediados de la década pasada. Diversas, también, han sido las estrategias de cada una para afrontar esta situación.

3. Las demasiadas publicaciones

Pero aun cuando pareciere que el problema es un asunto sólo de carácter presupuestal, la realidad es bastante más compleja. Si exceptuamos seguramente un cierto número de universidades a nivel mundial -pero no tantas como crearíamos- que cumplen con los estándares de la UNESCO —entre otros organismos internacionales— cuyo 5% del presupuesto global es para sus bibliotecas, y que en consecuencia pueden aparentemente absolver “todas” las peticiones de sus académicos para adquisición de revistas; en verdad, tenemos que numerosas instituciones de alto nivel académico universitario no pueden, de manera literal, hoy, atender a todas sus necesidades bibliográficas y, menos aún, a aquellas de carácter hemerográfico.

Las razones por las que este fenómeno comenzó a generalizarse en el mundo entero son variadas, como ya hemos dicho. La primera de ellas -dicen los expertos- no es ni siquiera económica en su esencia. Es matemática, y también de orden cualitativo. Consiste en el número increíblemente elevado de revistas presuntamente importantes, esenciales, y quizá deseables, que se publican hoy.

Decía Fernando Vallejo hace unos años, con relación al tema y a la falacia que según él significa esta babel informativa -y lo aplicaba al campo de la biología-, que manejar adecuadamente los más de 75.000 títulos de revistas publicados en el mundo en 1997 -hoy son más de 250.000-, “todos ellos muy importantes”, era una verdadera utopía, y en este caso decididamente no deseable para las bibliotecas hoy, y claro, tampoco para los académicos y estudiosos. Y esto porque muchas de ellas se repi-

ten, o porque a pesar de ser en verdad válidas, al final no se leen, o se leen poco y sólo puntualmente, siendo por ello difícil justificar su elección, pago, almacenamiento, etc., cosa que ha ocurrido de manera significativa en la Universidad del Valle. ¿Qué hacer entonces? ¿Cuál o cuáles serían las metodologías más acertadas para hacer frente, de manera efectiva, a este problema? Digamos que esa es la finalidad de las reflexiones que a continuación intentaremos exponer.

Existe, pues, una dificultad de fondo: hay demasiadas revistas en circulación, gran parte de ellas importantes -se dice- y por tanto susceptibles de ser solicitadas. Entonces, la primera conclusión aplicada al sentido común sería: por el elevado número, por el presupuesto disponible, y por el espacio existente, no es posible, ni aun deseable, tenerlas todas. La única salida, en el contexto de un “espíritu alejandrino” -que continuamos considerando válido-, sería que algunas instituciones en el mundo, particularmente, las Bibliotecas Nacionales o las Hemerotecas Nacionales (Biblioteca del Congreso, British Library, etc.), asumieran ese inmenso reto intelectual, bibliotecológico y financiero, que significa simbólicamente adquirirlo “todo”, tenerlo “todo”, clasificarlo “todo”.

4. Del exceso de papel y de las limitaciones espaciales

Ahora bien, el problema de la cantidad incorpora casi en sí mismo un inconveniente de grandes proporciones, a saber: que el edificio que acoge cada biblioteca en el mundo posee una espacialidad de almacenamiento limitada. Ello significa que prácticamente estamos todos obligados, tarde o temprano, a elegir aquello que guardaremos y aquello que no. Pero en relación con el material hemerográfico, significa también que ni siquiera bastaría, como se dice en el argot popular, tener a disposición “toda la plata del mundo”. Cada Biblioteca existente llegará en algún momento a su máxima capacidad de almacenamiento. Conviene, pues, un control al simple ejercicio del deseo.

Los edificios de bibliotecas de numerosas universidades en el mundo, buena parte de ellas construidas durante las décadas de los sesentas, setentas, ochentas, están llegando a ese umbral conflictivo de su desarrollo. Nuestros edificios, tanto en Meléndez como en San Fernando, están acercándose a esos límites. Es por tanto una variable, se entiende, que debemos evaluar de manera inmediata, en la búsqueda de soluciones, como decíamos, inteligentes y prácticas.

Hemos de afirmar, en todo caso, que en relación con este problema, y de manera simplista pero real, existe siempre una alternativa posible: construir más espacio. Suena bien,

pero cuesta mucho. Algunos, los que pueden, efectivamente lo han hecho. Las soluciones van desde adiciones a los edificios originales, hasta la construcción de una nueva biblioteca; pasando por la adecuación de edificios o bodegas, en algún lugar del campus, como es el caso de la Universidad de Salamanca; o bien en la ciudad, como ha hecho la Biblioteca Nacional de España en Madrid, con el fin de situar adecuadamente -en buenas condiciones de almacenamiento y de consulta- las llamadas colecciones muertas, tradicionalmente de libros y revistas, pero en especial de estas últimas, cuando de universidades se trata.

Pero, claro, esta solución, para la mayor parte, resulta una verdadera utopía por los costos. Valga decir, sin embargo, que muchos, aun literalmente teniendo el dinero, no tienen el espacio para hacerlo. El caso de la Universidad del Valle podría resumirse así: en San Fernando -ya lo dijimos a toda la comunidad académica en septiembre de 2002-, la Biblioteca está prácticamente saturada, y, o bien construimos una nueva, o nos planteamos una ampliación a la ya existente. A esta fecha, ya los archivos muertos, en especial las revistas, a falta de espacio están siendo almacenados en cajas. Y de manera claramente impropia -diríamos- puesto que ello no garantiza mantenimiento adecuado, ni consulta dúctil a investigadores. Recordemos que quienes conceptuaron negativamente -yo, entre ellos- la fragmentación y pérdida de espacio de la Biblioteca en San Fernando, para dar lugar a un supuesto eje arquitectónico artificioso y poco necesario en el reordenamiento general de la sede, teníamos lastimosamente razón.

En Meléndez la situación no es tan dramática: el espacio para una adición a futuro -aunque no tan lejano- existe, salvando el obstáculo complejo de sacrificar el bosquecillo de la fachada posterior del edificio. Y en relación con la situación actual, los nuevos proyectos, ya en funcionamiento, los nuevos fondos y el alto nivel de adquisiciones de los últimos años -ojalá mejorables y sostenibles- nos acercan de manera rápida a una posible y paradójicamente indeseable saturación. Sin embargo, tenemos algunas cartas por jugar antes de ello: en primer lugar, la recuperación -necesaria cuanto antes- de las alas que ocupa hoy la OIT. En segundo lugar, la reutilización de los espacios prestados al Museo Arqueológico, una vez que la Universidad decida, y pueda, construir un edificio *ad hoc* para museos, como es apenas lógico que lo haga a esta altura de su historia; y en tercer lugar, los ocupados por Educación a Distancia, cuya promesa de entrega esperamos que se cumpla próximamente. Hay pues, como vemos, algunas reservas. Pero es bueno decir que sin la disposición de estos espacios no estamos lejos, como en San Fernando, de un momento crítico.

5. ¿Una solución en el horizonte? La hemerografía electrónica

Sin embargo, como todo no puede ser tan conflictivo, he aquí que los avances tecnológicos de carácter electrotécnico o informático han ido apareciendo en el horizonte de las Bibliotecas, convirtiéndose paulatinamente en una especie de salvavidas dialéctico para éstas y para el quehacer complejo de los investigadores. Y esto significa que durante los últimos diez años, más o menos, unas más rápido que otras, casi todas las bibliotecas en el mundo -qué no decir de las universitarias- han ido migrando como alternativa metodológica, pero también presupuestal, hacia las bases de datos de revistas electrónicas, encontrando cada vez un mayor número de posibles respuestas a un problema de grandes proporciones y de cierta dificultad en su solución.

Dejemos aparte, por unos momentos, el problema de los costos y miremos el asunto de manera algo pragmática, en relación con el aspecto papel-volumen-almacenamiento, que es un punto al que nos veníamos refiriendo. Entre las numerosas maravillas -no pocas sólo presuntas- que la modernidad electrónica nos ha obsequiado, ésta, el acceso a las revistas electrónicas, sin duda sería una. Poder acceder, a una cierta velocidad, a miles de títulos, a millones de artículos, imágenes y gráficos, con una cierta ductilidad, a cualquier hora y desde los lugares de trabajo, o aun desde el PC familiar y personal, para seleccionar una bibliografía o estudiar un artículo, dentro, o bien fuera de la biblioteca, parece hoy increíble, pero es una realidad magnífica e irrefutablemente eficiente.

Ahora bien, lo que es ciertamente extraño, es que hayamos llegado a ella con una década de retraso, y más aún, luego de numerosas oposiciones, desdenes y malas interpretaciones. Las Bibliotecas de la Universidad del Valle debieron llegar al año 2000 antes de tener un Área de Servicios Multimediales, y dentro de ella, unas Mediatecas capaces de hacer realidad estas posibilidades, ya no tan modernas.

Pero bueno, para aquellos a los que les agrada mucho justificar las cosas, la verdad es que este mundo electrónico y “demasiado” vir-

tual no deja de aterrarnos y sumergirnos en numerosas desconfianzas. Yo tengo un buen número de ellas. Pero negarse a la modernidad, cuando esta ofrece alternativas, es una necesidad: en este caso, una necesidad histórica, porque es mucho lo que ha estado en juego. De todas maneras, ya estamos en ello, y aun cuando pienso que nuestras Mediatecas están aún en pañales respecto de sus posibilidades de desarrollo, es mucho lo que hemos avanzado en los últimos dos años con relación a sus reales posibilidades. Ésto, luego del proceso de su conceptualización, ideación, y puesta en funcionamiento. Pero sus tres líneas fundamentales de desarrollo (Fondo de CD-Rom, Internet Educativo y Bases de Datos de revistas electrónicas) están ya en servicio, y brindando cada vez mayores posibilidades a los usuarios. Cuando hoy recibimos testimonios de agradecimiento por los nuevos caminos abiertos en torno a la “idea” de biblioteca, pero sobre todo, cuando provienen de los militantes severos que somos cada uno de los profesores, sentimos la satisfacción de confirmar que no estábamos tan equivocados hace cuatro años, al presentar a la academia estas nuevas posibilidades de acceso a información altamente especializada.

Afirmar que según la última medición nacional sobre uso de bases electrónicas, nos hallamos en primera línea entre todas las entidades que en Colombia hacen uso de ellas, nos dice que verdaderamente en poco tiempo hemos logrado comenzar a vencer desconfianzas y desdenes, insatisfacciones y costumbres comprensibles, no sin antes absolver numerosos inconvenientes logísticos, estratégicos, y por supuesto, técnicos, situándonos en camino hacia un universo prometedor pero lleno aún de interrogantes y correctivos, sin duda, por venir. Porque los problemas de la necesidad de equipos actualizados periódicamente, de servidores cada vez más potentes y de un servicio de banda más amplio, que nos aleje del fantasma persistente del tráfico y de la congestión insoportables e ineficientes, están a la orden del día en este camino. Estar en todas partes, y también, entre nosotros, estar en permanente “movimiento”, lo cual parecería una redundancia en este campo, es y será el reto a futuro para lograr la sostenibilidad acertada en esta metodología.

6. La otra dimensión del problema: Los costos

Sin embargo, aquí llegamos o regresamos, de cierta manera, a uno de los núcleos fundamentales del asunto: si damos por saldadas las bondades del almacenamiento electrónico-virtual sobre el del papel, aplicado particularmente a lo hemerográfico y a su situación en la fisicidad de las bibliotecas, de un lado; y de otro, si aceptamos las posibilidades de eficiencia en el tiempo que esta tecnología debería ofrecernos -pareciera que sí-; nos quedan entonces por reflexionar aún algunos puntos centrales, entre ellos el más complejo de todos: el de los costos de las bases de revistas electrónicas. Porque, claro, además de los valores que hemos ido aceptando en torno al uso de éstas, uno esperaría que sus costos fuesen más económicos, frente al grado de inviabilidad financiera que las revistas en papel han alcanzado durante los últimos años para más universidades de las que podríamos sospechar, pero, sin duda, para nosotros. Y ello sin menospreciar los presupuestos para adquisiciones que en buena hora hemos ido logrando durante el último trienio.

Para comenzar, entonces, afirmemos que si los costos de los materiales bibliográficos, llámense libros, CD's, videos, etc., son todos particularmente altos, los de las suscripciones a revistas científicas en papel son decididamente imposibles. Y si como decíamos al comienzo, a la amplitud casi universal de las necesidades documentales que una institución como la nuestra tiene, se suma el que los rangos de costo de cada revista fluctúan entre los 2 mil (química, física...) y los 700 dólares (geografía), sabiendo que las hay por encima y por debajo (el Chemical Abstract, 26.000 dólares, por ejemplo), podríamos asumir que son muchas las universidades que no tienen sencillamente entre 200.000.00 y 300.000 o más dólares hoy, para absolver “medianamente” las justas necesidades de sus académicos y estudiantes en este campo. Así pues, nuestra disyuntiva ha sido hallar un camino posible y mejorable paulatinamente en un tiempo corto, que respondiendo a las necesidades académicas de la mayoría, dé una respuesta aceptable al grave vacío creado por la suspensión paulatina desde 1995 de las suscripciones a revistas en papel, que por muchos años se tuvieron en algunas áreas, y que esta dirección heredó como un hecho cumplido. Una vía que sin repetir los errores metodológicos del pasado -invertir, por ejemplo, más del 98% del presupuesto general de adquisiciones sólo en revistas, como si la Biblioteca prácticamente no existiera-, no sólo rescatara la idea “total” de biblioteca para todos, sino que por supuesto, reconociera a los materiales hemerográficos su papel fundamental en el desarrollo de la Universidad, y claro, también en la búsqueda de una calidad académica de imperiosa restitución para el conjunto de ésta.

7. Para la solución, una metodología en curso

Con un presupuesto cero, desde enero de 1999 hasta agosto 15 de 2000, que ha ido mejorando sustantivamente poco a poco; con la nueva política en la concepción de “integralidad” de la biblioteca como proyecto; con la conciencia -nueva también- de límites ciertos en las condiciones de almacenamiento en nuestros edificios, con un nivel de costos en los materiales hemerográficos -inmanejables para las disponibilidades presupuestales-, y especialmente, con la existencia de unas vías alternativas creíbles, ya optadas por numerosas instituciones a nivel mundial, y con resultados satisfactorios como es el camino de la hemerografía electrónica, es como hemos ido construyendo, a la mayor velocidad posible, esta nueva metodología, en medio de no pocos obstáculos, pero con logros, hoy, sinceramente inestimables.

Veamos, a *grosso modo*, los pasos recorridos: 1. Ideación, discusión y regulación del proyecto, 2. Inscripción en Oficina de Planeación, 3. Consecución de los dineros, 4. Recuperación de los espacios para la constitución de las mediatecas, 5. Diseño arquitectónico interior, de amoblamiento y tecnología. 6. Montaje y apertura de mediatecas, una en San Fernando y dos -profesores, estudiantes- en Meléndez, 7. Mejoramiento del servidor, amplitud del ancho de banda para mayor velocidad de consulta y su posibilidad desde fuera de las bibliotecas (Centros de Documentación, puestos de trabajo, universidad, casas), 8. Optimización oficina de préstamos y búsquedas interbibliotecarias para acompañamiento e inducción sobre la nueva metodología, en equipo con el área multimedial, 9. Constitución de un fondo especial a cargo de la biblioteca, para la conservación de artículos publicados en revistas no existentes en los fondos disponibles, y necesarios para los investigadores, 10. Socialización de la idea en diversas instancias (Oficina de Planeación, equipo de Vicerrectoría Académica, Vicerrectoría de Investigaciones, Comisiones Nacionales de Acreditación, algunos consejos académicos, grupos de profesores, Comité Regional de Bibliotecas Universitarias, Hemeroteca Nacional. 11. Participación en la creación del Consorcio Nacional de Bibliotecas Universitarias, con el ICFES y la Hemeroteca Nacional, para el acceso a bases de consulta de revistas electrónicas, 12. Socialización de la estrategia “todos ponen” para la optimización de nuevas bases de revistas electrónicas más especializadas, mediante la política 70/30 compartida entre unidades académicas/biblioteca, y ya en funcionamiento con convenios entre Salud, Ciencias-Ingenierías, Socioeconomía.

8. La vía de la reeducación. Entre los aciertos y las dificultades

Hasta aquí, los pasos se han cumplido de manera integral y con ciertos buenos resultados. Pero ni es todo lo que hemos realizado, ni todo es tan color de rosa como parece. La mayor parte de las nuevas metodologías suponen un aprendizaje de toda la cadena involucrada, y la verdad es que apenas estamos iniciando el recorrido de una tendencia que debería llevarnos, piensan algunos, a la virtualidad de las bibliotecas en todos sus fondos. Por lo visto, la primera etapa del camino serán los materiales hemerográficos. Y en ello estamos.

Sin embargo, para hacer también de abogados del diablo, puesto que esta vía no se haya exenta de obstáculos que salvar, detengámonos en algunos. Si tenemos en cuenta que los costos son, y serán, como hemos visto, una variable muy conflictiva, y que el flujo y la producción de revistas científicas y tecnológicas es, en buena medida, una estructura de carácter multinacional monopólica, manejada por grupos “editoriales” muy sagaces en la comercialización y explotación de sus productos, que en muchos casos -ciencias, ingenierías, salud- buscan una alta reversión en porcentajes de lo invertido en la investigación científica, mediante la difusión y venta de la información hemerográfica; entonces apenas comenzaremos a comprender el porqué de sus altísimos costos, que muchos consideramos no sólo escandalosos, sino claramente injustificados.

Pero si bien la aparición del medio electrónico ha abaratado los costos de los fondos hemerográficos, éstos continúan siendo difíciles de absolver. Es aquí cuando aparece en el quehacer de las bibliotecas una estrategia posible, aunque no ajena a numerosos obstáculos, cual es la de “compartir” los gastos de acceso a las bases, aprovechando la vecindad ciudadana e incluso regional, y ahora, luego de numerosos intentos fallidos de crear lo que hemos llamado “consorcios” o comunidades interinstitucionales de usuarios, con el objetivo fundamental de bajar los costos -insostenibles para cada uno por separado-, pero también, como decíamos, para superar los graves problemas de almacenamiento de papel y por con-

siguiente, de cercana saturación de nuestros edificios.

Los últimos tres años han sido de numerosas reuniones al respecto, de ofertas varias de parte de las casas productoras, de suscripciones individuales como las que tuvimos a 14.000 abstracts y a cerca de 1.500 revistas texto completo, durante 2001-2002, además de intentos locales de convenios no logrados, pero también, porque de ello se trataba, de insistir hasta lograr a finales de 2002, la constitución del primer acuerdo nacional para el uso de bases de revistas, suscrito por 82 universidades en un número de 7.800 títulos texto completo, y de 11.179, en 2003, escogidas por pares académicos del más alto reconocimiento, de entre varias ofertas. Un hecho fundamental, porque demuestra que sí podemos unirnos, que sí pueden racionalizarse los costos, y que podemos demostrar a las grandes firmas que todos debemos y podemos ganar. Y no sólo ellos.

Construir un camino, en medio de un mundo nuevo para la bibliotecología y para la academia, ese es nuestro destino, y no podemos renunciar a él, aun si el gobierno nacional, en una decisión que no compartimos, pero que igualmente no conocemos en detalle, ha decidido, precisamente ahora, modificar significativamente el rumbo de la Hemeroteca Nacional, hacia caminos que al momento no están aún definidos.

9. Una mirada al pasado. De la utilidad de los recuerdos comparados

Algunas conclusiones son, a estas alturas, necesarias. La primera: que ahora tanto ellos como nosotros sabemos que a futuro debemos negociar. Ellos, para ofrecer mejores y más baratas opciones a sus altos precios, en una competencia por ser elegidos; y nosotros, por persistir en uniones diversas de carácter nacional, pero también regional y local, como el mejor camino, quizá, para una supervivencia calificada en el desarrollo adecuado de los fondos hemerográficos. La segunda: que estamos en la fase exploratoria de una metodología que navega por unas vías muy nuevas, poco definidas aún, que nos obligarán por algún tiempo a aceptar -no sin resignarnos, claro está-, al-

gunos indeseables vacíos en diversas áreas. Vacíos para los cuales hemos diseñado, de todas maneras, alternativas varias, hoy en funcionamiento. Como el “fondo especial” para la consecución de artículos, o el convenio particular que firmamos en 2003 con el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, que ha fortalecido el acceso a información altamente especializada, limitada o ausente en las bases del Consorcio Nacional. La tercera: que aun cuando no falten los escépticos, e incluso, quienes no valoren el método en sus aspectos más elocuentes, es un hecho que antes de este camino, la Universidad del Valle, aun en sus mejores momentos, tuvo acceso a entre 800 y 1.200 y suscripciones texto completo, cuando hoy lo tiene a más de 11.000, eso sin hablar de los abstracts; que numerosas áreas que nunca tuvieron acceso a revistas especializadas, ahora la tienen; y que esta metodología incluye también -somos tan desmemoriados- accesos múltiples a texto, consulta desde fuera de las bibliotecas, en la oficina, ¡aun en la propia casa!, a cualquier hora del día o de la noche, opción de bajar e imprimir la información requerida a bajo costo, consulta del texto -lo que es, a nuestra manera de ver, uno de sus mayores atributos- al momento mismo de su publicación, inclusive cuando la revista en papel no ha salido o lo hace apenas del taller de impresión, y le queda todavía el largo y muy variado recorrido de los servicios postales, del extravío factible, del posible robo, y aun del no menos extenso, y, a veces, accidentado proceso de catalogación, antes de llegar a las manos ansiosas del usuario.

Sería conveniente no olvidar todas estas experiencias de un pasado no tan lejano, para acentuar el valor de las comparaciones, antes de aceptar -porque yo también las comparto- las limitaciones que el nuevo sistema puede tener y tiene. Por ejemplo, por la sutil desconfianza y fragilidad que nos produce la virtualidad de una electrotecnia extrañamente ubicua, frente a la hermosa fisicidad del papel impreso, tocable y manipulable orgánicamente en el ejercicio de la investigación y de la lectura; hasta más allá de esos temores y gustos superables o insuperables, como el vacío cualitativo que puede representar para algunas áreas, ante la ausencia, entre los miles de títulos ofrecidos, de algunos de los más importantes y esenciales al desarrollo de ellas. Ocurre ahora, es verdad, y compartimos la preocupación de quienes, por estas ausencias significativas, se han sentido insatisfechos o lesionados frente al proceso que hemos ido construyendo. Pero a ellos también les decimos que no hemos dejado de trabajar en ningún momento por subsanar estas limitaciones y por ofrecer alternativas. En el mejor de los sentidos, el “fondo especial” para la consecución de artículos, se creó para hacer frente a esta realidad. Ha sido afortunadamente utilizado por muchos, por otros no. Algunos, sencillamente, sólo desean tener la revista completa en papel. Es comprensible. Pero a ellos les pedimos respetuosamente, no sólo algo de paciencia, que la han tenido, y mucha, sino también la apertura para mirar hacia otras opciones, como las que estamos concertando con algunos planes, departamentos y postgrados, a través del Insti-

tuto Venezolano de Investigaciones Científicas, de la British Library o de la Biblioteca del Congreso, para acceso a los vacíos ya nominados. Veremos cómo funcionan y esperamos el desarrollo de las nuevas propuestas de inversión en Ciencias e Ingenierías que ahora nos estamos planteando.

En la medida en que vayamos superando los grandes vacíos bibliográficos en los diversos fondos, acumulados de tantos años, e igualmente esenciales a todo el conjunto de la academia -en el contexto general del proyecto de bibliotecas, en buena parte ya actuado- y de las directrices y exigencias particulares de la Comisión Nacional de Acreditación para los diversos planes, iremos perfeccionando y multiplicando el cubrimiento de los requerimientos hemerográficos de todas las áreas, más allá de lo que ahora se ofrece, que no es poco.

2003 y 2004 nos han permitido invertir más presupuesto en esta área, mejorando las posibilidades para todos. Hemos destinado igualmente buena parte del presupuesto de inversión para ampliar la capacidad de la Mediateca de estudiantes en la Biblioteca “Mario Carvajal”, completando así el proyecto.

10. Algunas conclusiones

Siempre he creído que la historia es un prisma múltiple que necesita ser observado en cada una de sus caras, pero no por turnos, sino simultáneamente. Si queremos comprenderla, claro, de manera acertada. Un procedimiento lleno de complejidades, es cierto. El asunto que hemos tratado -hasta ahora- es, bajo algunos aspectos, análogo. De manera especial, porque nadie sabe, inequívocamente, hacia dónde vayan a evolucionar las bibliotecas ni el tratamiento de la información en todos sus aspectos. Pero algunos signos son irremediabilmente indiscutibles. La Hemerografía electrónica es uno de ellos. Y en relación con la visión prismática, cuando se trata del acceso a la información, todos los caminos son válidos, de manera particular si hablamos de costos; en especial, cuando estamos obligados a administrar una cierta limitación, alguna pobreza -no resignada, por supuesto-, pero real de todas maneras. Lo esencial es no quedarnos quietos y explorar muchos caminos al mismo tiempo, en este caso para poder alcanzar la información deseada.

Lo que quisiéramos decir en el fondo es que si algunas revistas esenciales no se hallan en las bases electrónicas adquiridas y las suscripciones en papel no son tan aconsejables o posibles, ese no es el final de camino. Allí están, a disposición, otros métodos: convenios interinstitucionales, fondos especiales para artículos puntuales, sanas presiones -como academia-, para el fortalecimiento justo y necesario de la Hemeroteca Nacional, como se ha hecho en Inglaterra, por ejemplo; pero también buenas y efectivas relaciones con nuestros pares en diversas partes del mundo, con institutos y grupos de investi-

gación, como la destinación -contemplada y recomendada en el esquema de Colciencias- de recursos de los proyectos de investigación o de las unidades académicas para ello, en equipo con la Biblioteca; y tantos otros aun.

Claro que si todos somos capaces de interpretar al menos algunas de las bondades que ha representado este esfuerzo de cinco años para cambiar significativamente nuestras bibliotecas, y dejamos de lado -por un momento- sus persistentes limitaciones, deberíamos concluir que, -como algunas veces he expresado-, si la Biblioteca es por excelencia el Alma Académica de la Universidad, no existe un mejor negocio para ésta, -la Universidad, digo- que asignarle cada vez mayor presupuesto para adquisiciones y mantenimiento. ¿Por qué tendríamos que esperar hasta el próximo siglo para alcanzar al menos el millón de ejemplares, y otro millón más en los diversos fondos? Y, ¿por qué no habríamos de aspirar a que del 1% que recibe la División de Bibliotecas sobre el presupuesto global de la Universidad, llegáramos rápidamente al menos al 3%, de ese 5% que recomienda la UNESCO, y que han acordado el conjunto de las universidades españolas, mejicanas y chilenas, entre otras, a través de sus Consejos de Rectores?

Lo que sí no debería volver a ocurrir es que el presupuesto para adquisiciones se invierta hasta en un 98.5% en un único fondo, -en este caso, las revistas- y que en varias muestras aleatorias de hasta 700 títulos, el nivel de consulta oscilara entre 0 y 2 veces. Hay algo de irracionalidad allí, que es ciertamente insostenible. La biblioteca universitaria es ante todo un “organismo”, y su desarrollo deberá ser visiblemente armónico en la variedad excluyente y necesaria de cada uno sus fondos, y de sus planes, claro está.

Referencias complementarias:

- “Variables y Opciones para la Inversión de Presupuesto de Adquisiciones Hemerográficas de la División de Bibliotecas”. Santiago de Cali, 2003.
- “Criterios y Metodologías para la Definición de Políticas de Adquisición de Materiales Bibliográficos, de la División de Bibliotecas de la Universidad del Valle”, Santiago de Cali, 2003.